

La lectura: una lucha de la memoria contra el olvido

ALINE PETTERSSON

*No man understands a deep book until he
has seen and lived part of its contents.*

Ezra Pound

Fuera bueno ser sólo lectora virtual, según Iser, o archilectora, según Riffaterre, aunque este segundo término a mí —lega en narratología— me lleva a pensar que yo sería, más bien, una lectora “muy muy”. Tomo la expresión “muy muy” del léxico infantil en su versión chilanga de los años cincuentas. Confieso que sí me siento una lectora muy muy asustada de llenar los “blancos” que el libro *El relato en perspectiva* de Luz Aurora Pimentel dejan en mi escasa competencia de lectora real.

“El lector tiende a hacer inferencias de tipo causal, y no necesita que se le cuente todo puntualmente (si se abre una puerta, no necesita que le digan cómo se cierra).” El caso es, reiterando el asunto de la competencia, que la doctora Pimentel me mostró cómo abrir, pero también cómo cerrar las puertas. Es decir, con su libro me llevó, de la mano de su experiencia, por los caminos en flor de la narratología.

Aquí debo apoyarme en un tropo que no sé bien si se trata de anáfora, metonimia o pleonismo. Me inclino por cualquiera de las dos primeras, pues el otro me ofrece ciertas connotaciones peyorativas que definitivamente no caben. Y es que, a partir del nombre mismo de la autora, la claridad se instala en el texto. Bueno, claro que se trata de una claridad severa, como mañana luminosa en Londres, y

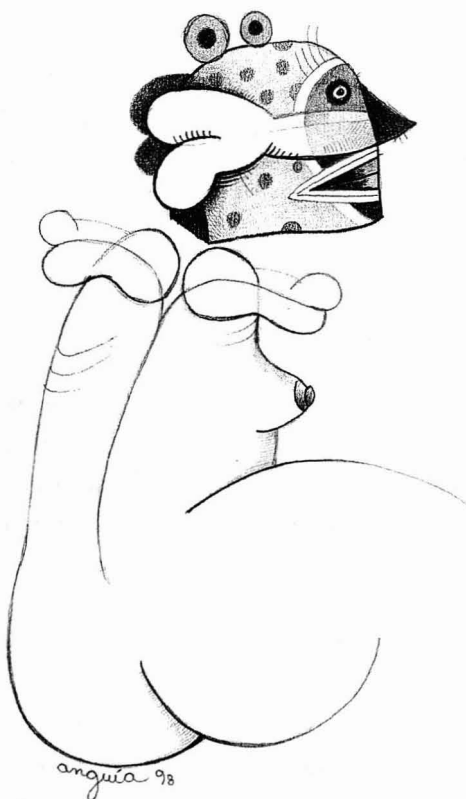
no como la tan cantada luz griega. Sin embargo, dicha luz es lo bastante intensa como para guiarme a mí con ciertos tropezones de mi parte y, desde luego, iluminar los aurales caminos de un análisis en profundidad del relato en lectores más competentes que yo.

Ahora bien, ya que éste es mi oficio, quisiera narrar, a partir de la obra de la ya mencionada personaje/autora no ficcional, una escena con resumen y ciertas acciones iterativas. Pero primero citaré tres fragmentos de *El relato en perspectiva*, en los que baso mis reflexiones y posterior hipótesis. 1) “A partir del nombre, el persona-

je va adquiriendo significación y valor, gracias a ... procedimientos discursivos y narrativos.” 2) “Porque un personaje no sólo se caracteriza por sus actos sino por las peculiaridades de su discurso.” 3) “El entorno tiene entonces un valor *sintético*, pero también *analítico*, pues con frecuencia el espacio funge como una prolongación, casi como una *explicación* del personaje.”

Corría el atardecer de algún otoño de los años setentas, y una voz clara, bien timbrada, recitó: “My love is more ponderous than my tongue” (Porque mi amor pesa más que mis palabras): Cordelia en la escena I del *Rey Lear*. Muchos años después en una (a)puesta en escena, Luz Aurora habría de recordar aquel atardecer. Mientras avanzaba la lectura, avanzaba (si hubiera sido posible desbordarse más aún) el entusiasmo de la maestra. Se trataba de un entusiasmo espeso, como foresta, y, asimismo, diáfano como canto de ruisenior. Dicen que los estudiantes no pudieron menos que contagiarse de la fiebre y apropiarse de las palabras de Lear: “¡Qué! ¿Estás loco? Se puede ver cómo anda el mundo sin ojos, mira con las orejas.” Recitaría la propia Luz Aurora, invitando a todos a dejarse llenar los oídos y el corazón con el ritmo, el *tempo*, la historia, los personajes. A estremecerse, pues, con el fulgor del texto. Eso se dijo en aquel tiempo, yo misma lo supe por sus alumnos. Yo fui una de ellos.

Puesto que líneas arriba me ocupé ya del nombre, quiero referirme a la segunda cita de Pimentel: “Porque un personaje no sólo se caracteriza por sus acciones sino por las peculiaridades de su discurso.” El discurso de la personaje, que aquí se investiga, es más como el Amazonas caudaloso de Vargas Llosa, autor mencionado en el libro *El relato en perspectiva*, que como el Támesis o el Liffey de Joyce, también mencionado; que yo sufro del síndrome de Polonio. En este espacio diegético, la última oración corresponde obvia-



Ricardo Anguía

te al discurso figural de la personaje, no del narrador/narradora. Y, por lo tanto, se altera la instancia narrativa.

Aquí quisiera señalar con una nueva cita que “no basta con que la narración de los actos del personaje provenga de un narrador en tercera persona supuestamente ‘objetivo’, para hacerla confiable; es necesario tomar en cuenta la relación que ese narrador establece con el personaje”. Sin embargo creo que en este caso el acto narrativo no ha caído en los excesos de cierta ficcionalización que no resiste el menor análisis. Aunque tendría que matizar mis palabras añadiendo que el parlamento de Cordelia —al inicio de este pequeño relato— sirve como figura oximorónica al discurso de la maestra ejemplificado, por ella misma, como “el síndrome de Polonio”. (Cfr. William Shakespeare, *Hamlet*.)

Por otra parte, la “supuesta objetividad”, arriba citada, que suele atribuírsele a la tercera persona gramatical permite equilibrar un poco el suministro de información del relato. Aunque también habría que puntualizar que más adelante de esta muestra fictiva —texto que por obvias razones no voy a leer aquí— saldría a relucir que en la focalización de la voz narrativa se perciben grandes dosis de subjetividad, al no soslayar, dicha voz, su admiración para con la personaje/autora de *El relato en perspectiva*. Ello, lógicamente, le resta verosimilitud a la narración.

Aunque debe haber sido ya detectado por ustedes, me permito señalar que esta historia adolece de frases parentéticas doxales que retrasan la velocidad narrativa. También cabe mencionar que hay una prolepsis, que puede ser tomada como intertextualidad o, más bien, como vil plagio del inicio de *Cien años de soledad* y cito: “Muchos años después... habría de recordar aquel atardecer...” Por otra parte, encuentro en el nombre Luz Aurora una clara referencialidad al de Aureliano Buendía, tanto en el nivel semántico como en su misma raíz etimológica. Aunque cabría preguntarse que qué ve la luz primero, si el alba o, ya entradas las horas, el buen día.



Ricardo Anguía

Paso ahora a la tercera cita de apoyo a este trabajo, y, puesto que quedó tan líneas arriba, mucho me temo que ya ha sido olvidada. Así, me apropio primero de otras palabras de la doctora Pimentel, “recordar es narrar y viceversa”. De inmediato vuelvo a leer la cita: “El entorno tiene entonces un valor *sintético*, pero también *analítico*, pues con frecuencia el espacio funge como una prolongación, casi como una *explicación* del personaje.”

La maestra que enseñaba Shakespeare con tal pasión cayó de pronto víctima de otra pasión, más fuerte —si cabe— que la primera. Se enamoró perdidamente de los semas. Y ¡ajo!, no son las semas, vulgo semitas, originarias de Puebla. Me refiero a esas partes del discurso que pueden englobarse, Luz Aurora *dixit*, en un archisemema: el mamema. Y las tinieblas se apoderaron de los alumnos menos brillantes, al menos de alumnos como yo. Y el salón de clases se oscureció.

Pero allá al frente siguió irradiando la luz del conocimiento, del análisis profundo, de la exploración de las vetas. Siguió fulgurando la entrega deleitosa al estudio del texto, a su urdimbre y trama, a las relaciones peligrosas entre sus componentes. Ahí dentro de esas paredes desnudas,

de no ser por el pizarrón, flameaba la tea ardiente de las teorías de avanzada crítica literaria. Y el aspecto severo del recinto se reflejó en la severidad de la búsqueda rigurosa de la maestra.

Así pasó el tiempo, mucho tiempo... Un buen día, Luz Aurora visitó otro recinto, bastante más abigarrado que sólo por el gris de un pizarrón. Ahí sus miembros se vivían también apasionados por las palabras, por la hoja en blanco, por el correr de las historias, por la escritura. Y de nuevo brilló la auroral palabra en el plano de la narración; pero no como lectora o como teórica, sino como forjadora de historias. Fue imposible ofrecerle una magdalena remojada en té, porque ella la había traído consigo.

Y en la inevitable escisión que a todos nos conforma por dentro, lo quasificcional, producto de su pluma, se enriquece con su fina trayectoria académica. Y yo me pregunto: ¿qué fue primero? Y me respondo, primero fue el amor a la palabra, a sus dos proustianos caminos que se llenaron de luz y florecieron, que se nutrieron el uno del otro.

“Lo que importa, en términos de la significación, es el mundo de acción humana que la narración proyecta.” Y yo, ampliando el sentido de la cita, diría que, expuesta dicha cita, desde la orilla de la crítica brillante, se aplica a la orilla de la espléndida narradora que también es. Y, más aún, al ser humano de calidad en quien se imbrican las hebras de la trama; espacio donde el tejido se tensa y los hilos se vuelven indiscernibles.

El relato en perspectiva es una puerta que se abre para iluminar esta forma meticulosa de abordar la lectura. Y, como la misma contraportada lo sugiere, quien se acerque a sus páginas encontrará claridad. Las reflexiones de Luz Aurora Pimentel alrededor del relato y sus partes no podrían ser de otra manera. Está obligada a honrar su nombre. ♦

Luz Aurora Pimentel: *El relato en perspectiva (estudio de teoría narrativa)*, Siglo XXI, México, 1998. 191 pp.